

U.C. BERKELEY LIBRARY

UC-NRLF



B 2 859 090

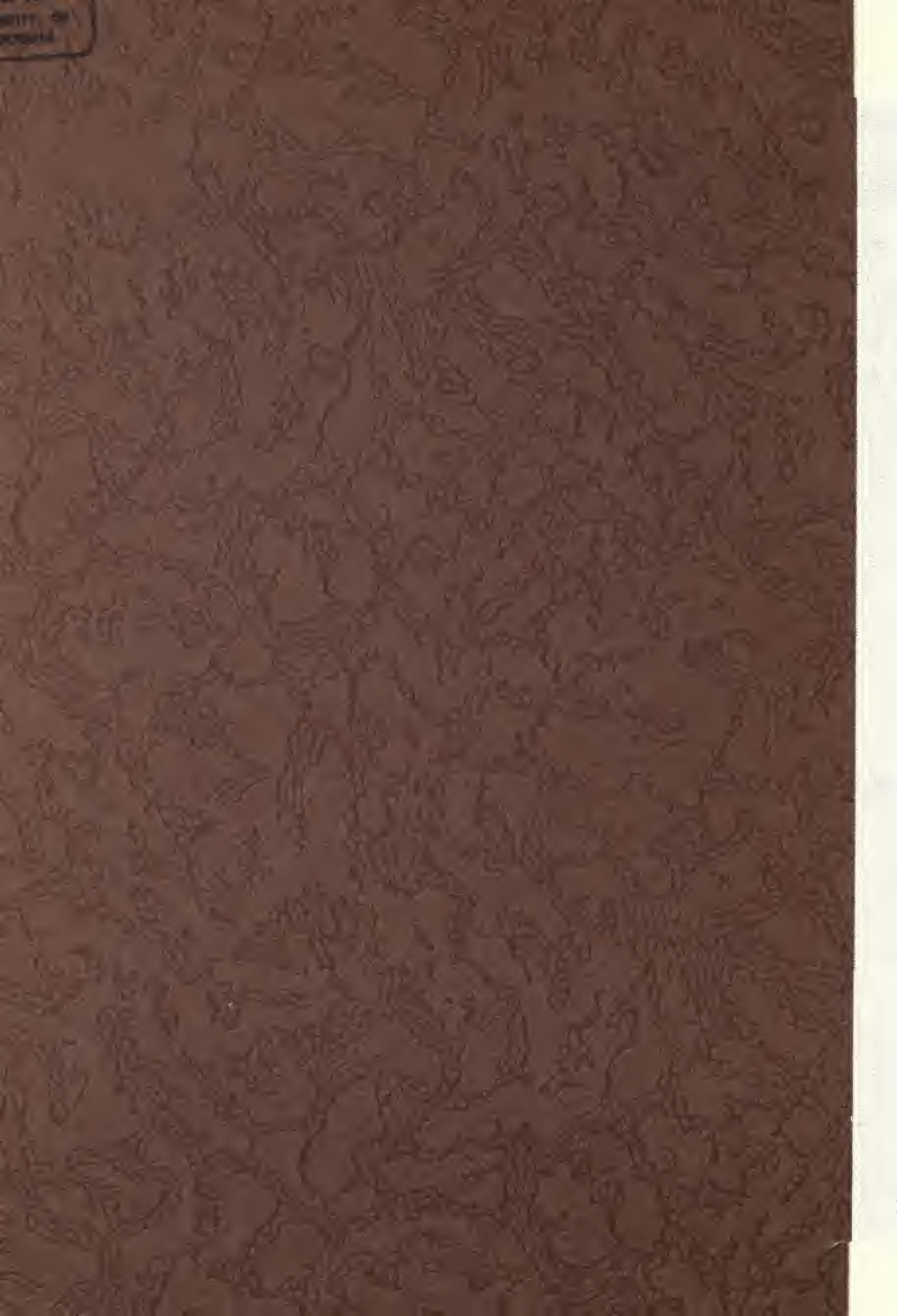
**F**

**2537**

**D63**

**1890**

**MAIN**







# DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN LA

## Velada Literario.- Musical

ORGANIZADA

POR LA JUVENTUD DE LIMA

En Celebración del Primer Aniversario de la proclamación  
de la República en el Brasil

15 DE NOVIEMBRE DE 1890.



LIMA

—  
IMPRESA Y LIBRERÍAS DE BENITO GIL  
Banco del Herrador 113.—Bodegones 42.

—  
1890

*Senor Coronel don Rufino Jimeno*





# DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN LA

## Velada Literario - Musical

ORGANIZADA

POR LA JUVENTUD DE LIMA

En Celebración del Primer Aniversario de la proclamación  
de la República en el Brasil

15 DE NOVIEMBRE DE 1890.



LIMA

—  
IMPRENTA Y LIBRERÍAS DE BENITO GIL

Banco del Herrador 113.—Bodegones 42.

—  
1890

27



F2537

D63

1890

COMISION ORGANIZADORA

Dr. Manuel Garcia Origoien

,, Dr. Hernán Velarde

,, Carlos G. Amézaga

.....



# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR. DR. D. RAMÓN RIBEYRO VICERECTOR DE LA UNIVERSIDAD, DECAÑO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y ADMINISTRATIVAS.

EXMO. SR.

SEÑOR MINISTRO DEL BRASIL

SEÑORES:



AS leyes todas de la naturaleza, que dominan con irresistible imperio en lo moral como en lo físico, en lo individual y en lo social, pueden reasumirse en esta fórmula: la amplitud y perfección de la existencia por la justa ponderación de las fuerzas.

La pacífica evolución que hace un año realizó la nación brasilera, obedeciendo á ese principio eterno, inmutable y universal, señala una época en nuestro continente, por que hermana sus instituciones, por que derribó con sólo el poder moral de la opinión un régimen político que carecía de significación y de tradición histórica en América; y

porque realizando la unidad democrática del Nuevo Mundo, aseguró para si misma la plenitud de la vida y de la fuerza, vinculadas en la libertad.

Toda organización política que consagra ó tolera desigualdades sociales, que limita en provecho de uno ó de muchos el amplio desenvolvimiento de la vida individual, que condena á una porcion de los hombres á la servidumbre y á la ignorancia, mutilando ó inutilizando su existencia, es una organización inmoral y contraria á las miras de la Providencia y como tal está condenada á desaparecer.

El imperio fué en el Brasil un réjimen transitorio, apenas explicable como una transacción entre la idea nueva y la tradición, entre el derecho y las reminiscencias de la fuerza, representada por la conquista; fué el término de gracia concedido por el poder efectivo de la virilidad nacional á la facticia virtud de las instituciones monárquicas, en su único é inútil ensayo en la tierra de América, cuna y asiento de la libertad política y civil.

La noble y rica colonia que en un tiempo sirviera de asilo al trono metropolitano, amenazado y vacilante por la invasión extranjera, se cubrió por una singular aberración con la púrpura imperial al tomar un puesto entre las naciones. Que se me permita decir, señores, que esto era mentir á la significación histórica del imperio, á la misión providencial de los pueblos de América, á las necesidades y á la ley que determinaron la emancipación casi instantánea de un mundo nuevo, en que se refugiaron todos los derechos desconocidos, todas las miserias y desigualdades consagradas por el privilegio, base más ó menos amplia de todas las instituciones reinantes en Europa al poblarse lentamente las vírgenes y feraces comarcas de este continente.

El imperio, última faz de un pueblo ilustre, gastado en los excesos de la contienda civil, delegación pasiva de la impotencia en la audacia y la fortuna, fué ahora veinte siglos la expresión de una debilidad que contribuyeron á determinar, por una parte, la falta de libertad civil y de igualdad natural, noción que ignoraron las repúblicas de la antigüedad y por la otra, el inmenso bagaje

de conquistas que corrompió y dejó exangüe al pueblo rey. Fué la monarquía democrática, cuyos votos se contaban exclusivamente en las legiones; fué la demagogia coronada.

En lo moderno, significa apénas el vínculo artificial que sostiene en unidad aparente mezcla abigarrada de pueblos que perdieron su independencia por obra de la fuerza, de razas, que, si conservan su persistencia etnológica no fueron bastante fuertes para constituir ó conservar su nacionalidad; es tal vez recurso providencial para fundir en el crisol de la civilización, muchedumbres indómitas y semi-bárbaras. Por último, el imperio en su más reciente acepción ha sido la concentración de la fuerza nacional, por la aspiración á la unidad, para consolidar la independencia é integridad de un pueblo que por apego al individualismo fendal y al optimismo ideológico, fué siempre el blanco de empresas más ó menos afortunadas y que pusieron en peligro su existencia. Bajo este último concepto el poderoso y culto imperio que en nuestros días se ha constituido en el centro de Europa, es á su turno la realización de la ley de las nacionalidades, cuyo dominio



incontrastable es la primera y más sólida de las bases del equilibrio político de los Estados y de la mancomunidad de los pueblos en la labor común de la civilización.

Los imperios militares se desplomaron con estrépito cuando se rompió en manos del César la espada, instrumento é ídolo de sus efímeros triunfos. Los imperios tradicionales se desmoronan gradualmente al impulso del trabajo latente, pero vigoroso y continuo de la idea jurídica, del sentimiento y expansión de la vida nacional y de la aspiración ilimitada á la igualdad democrática en el hombre moderno.

Si ninguno de esos caracteres históricos puede explicar el imperio en América, menester será convenir en que fué un aplazamiento de la independencia, una tregua dada á la libertad de que tan temerosos se han mostrado algunas veces los hombres de nuestra raza, para dar en el inevitable escollo del despotismo. La proclamación de la República viene á ser así en el Brasil, la consumación verdadera de su independencia nacional, el advenimiento á la existencia soberana, menos por la forma ó el

título del gobierno político, que por el abandono de las tradiciones autoritarias y del régimen monárquico, incompatibles con la existencia racional del hombre, su libertad y sus progresos.

La hermosa evolución que con tanto y tan sincero entusiasmo conmemoramos en su primer aniversario, no es por cierto ni el sueño febril nunca alcanzado de la libertad de la edad media, ni la veleidosa y tumultuaria agitación de las repúblicas de Italia tras del demagogo popular de un día, no: ella es el resultado de una idea fija, persistente, magestuosa como el concierto de los mundos obedeciendo á la ley de la gravitación universal.

Por eso hemos presenciado que tan grande y trascendental movimiento se operó sin los horrores de la lucha y los estragos de la fuerza; y que el hermoso triunfo de la idea y del derecho no costó un dolor ni una lágrima. Las azules aguas de Janeiro no se enrojecieron con la sangre brasilera y su tibia y embalsamada brisa tropical, no condujo sino el festivo rumor de una victoria pacífica,

tanto más preciada cuanto menos costosa para la humanidad.

Así también hemos visto con asombro que ni un solo día de trastorno ha oscurecido ó entrabado la tranquila función de la vida en la nueva república, consolidada tan pronto como constituida; y que esa transformación se ha impuesto como una necesidad, como una evolución natural en el desarrollo físico de un organismo robusto y poderoso.

La república de los Estados Unidos del Brasil ha entrado á la vida política sin las extravagancias, los excesos y las veleidades frecuentes en los pueblos que hacen su primer ensayo en el régimen de la igualdad democrática, de la libertad civil, de la independencia autonómica. Ejemplo singular y consolador es este, que demuestra la madurez de desarrollo político, la solidez de la constitución y de los vínculos sociales de esa bella comarca de la América y un signo envidiable de su futuro y próspero destino.

Unificado así el nuevo continente en instituciones, consolidado el imperio único de la ley y del derecho humano en todas sus

jóvenes repúblicas, debemos creer asegurado el advenimiento de la paz en las relaciones internacionales, porque el orden y la libertad como base de la vida interior, significan el respeto, la justicia y la concordia en la vida exterior. Por poco que nos fijemos en las enseñanzas de la historia, encontraremos siempre vinculado el réjimen de la tiranía y de la desigualdad al doloroso cortejo de guerras incesantes, de sangrientos combates, de desolación y de ruinas, para realzar el esplendor de un hombre ó para acrecentar la usurpación secular de los derechos humanos.

Llegada parece la época de constituir la democrácia internacional americana, una vez apagada la nota discordante que turbaba la armonía de sus instituciones y cohibía la generosa expansión con que sus jóvenes pueblos entraban á la vida del derecho en su más vasta acepción.

Cualesquiera que sean las eventualidades que reserve el porvenir, podemos si estar seguros de que la identidad de forma política en los pueblos de América y el sentimiento del destino providencial de este continente

cuya fisonomía histórica está ya bosquejada, los hace de tal manera solidarios, que á despecho de errores y caídas inevitables en naciones recién constituidas y de los resabios de la educación colonial, la América será siempre la tierra prometida, Israel llegará á reposar en ella de su secular esclavitud y de su dolorosa peregrinación.

El siglo actual se ha señalado por un movimiento de las clases desheredadas en el viejo continente hacia el mundo de Colón. Allí en sus vírgenes bosques, en sus dilatadas praderas, en sus magníficos ríos, arterias donde se siente ya la poderosa pulsación de la vida, en sus inmensos horizontes, en el aura vivificante de libertad que cura las llagas de inveteradas miserias, está la solución de los problemas sociales, que obligan á tantos pueblos cultos á la fatigosa, á la perenne vigilia con el arma al brazo, para precaverse así de la desesperación de los de adentro y de las asechanzas de los de afuera.

Tocale al Brasil en su nueva forma de existencia política una parte muy importante en esa misión deparada á la América, Su

privilegiada y envidiable situación en el continente, su vasto y opulento territorio abierto por la naturaleza á la actividad humana con el anchuroso Amazonas y por obra de la República con la perspectiva de una nueva y libre patria, en que el hombre es dueño de si mismo é hijo de sus obras, en que la libertad y el trabajo sean el ejército de la paz, deja esperar que tendrá la fortuna de ser fiel á su destino; y que su enérgica vitalidad vendrá á constituir una prenda segura de la fraternidad americana.

Desconocido entre nosotros el viejo y falaz sistema de equilibrio político máscara con que se encubrió la dura arrogancia de los fuertes para encadenar á los débiles en el antiguo mundo, él no tiene en América otra significación, que el cumplimiento de la ley providencial de la unidad de labor de las naciones en la variedad de la fisonomía y misión de cada una. El ideal de nuestras sociedades está mas alto que en la paz de la inmovilidad y de la opresión; está en el derecho y en la libertad, en el respeto á la vida autonómica, desenvolviéndose bajo la ejida pro-

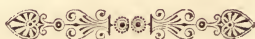


ectora de la justicia internacional. Quizá distante todavía, pero no por eso es menos cierto que la organización de nuestros pueblos los conduce de un modo lento pero seguro á la conquista de ese ideal.

Por eso nos regocijamos siempre que una nueva evolución en la vida política de los estados de América, revela un progreso que bajo la acción providencial, consolida su existencia y tiende á robustecer y ensanchar los vínculos que los unen.

Feliz y lisonjeado me siento con ser uno de los elejidos para dar público testimonio á la nueva y hermana República del Brasil de la simpatía con que la juventud de Lima se asocia á la efusión entusiasta de su pueblo al conmemorar el primer aniversario de la patria nueva, engalanada hoy con la toga republicana mas alba y pura que el armiño imperial. Unidos nuestros pueblos por una tradicional é inalterable amistad que estrecha la comunidad de instituciones políticas, ofrecemos este homenaje de sincera fraternidad que no turbará y antes habrá de consolidar la conciencia de su común destino en

las solitarias cuanto hermosas regiones llamadas sin duda á realizar la concepción grandiosa de la edad moderna: la plenitud de la existencia, por la libre expansión de la actividad humana en todas sus esferas, la union y la paz por el reinado de la justicia entre las naciones. Yo invoco, señores, ese venturoso porvenir de la América y me parece sentir ya el rumor de las generaciones que marchan hacia él, guiados por la nueva y radiosa constelación que se ha levantado hacia el oriente, en el cielo de la democracia americana.



# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DON RICARDO  
ROSSEL, H. DIPUTADO POR LIMA, VICE-  
PRESIDENTE DEL ATENEO Y MIEMBRO  
CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA ES-  
PAÑOLA.

EXCMO. SR.

SEÑOR MINISTRO DEL BRASIL

SEÑORES:



CUANDO los antiguos imperios de Oriente se desplomaron, más que al empuje de las falanges griegas y romanas, bajo el peso abrumador de sus monstruosas autocracias, las razas europeas, educadas bajo instituciones más liberales, empuñaron el cetro del mundo. Si ellas, á su vez, afeminadas por la molicie y corrompidas por la prosperidad, se dejaron invadir

por las hordas del septentrión, no abandonaron por eso su conquista; regeneradas, al contrario, con la transfusión de la sangre viril, s̄ bien bárbara, de los invasores, aseguraron su poder y afirmaron su futura grandeza.

Desde entonces el sol de la civilización no se ha puesto en los confines de la Europa. La humanidad cumple en esa región su segunda jornada. Allá, atrás, queda el pasado de la primera, sepultado bajo las arenas del desierto que se extiende infecundo y solitario, donde en otra edad se levantaron la orgullosa Memphis, la populosa Nínive, la soberbia Babilonia, la histórica Jerusalem. Allá, donde vivió con tanto esplendor y tanto ruido el hombre de hace veinticinco siglos, y que el hombre de hoy visita apenas como objeto de estudio para el historiador y de curiosidad para el viajero, reposan las tradiciones seculares en cuyas fuentes bebieron las generaciones de Occidente, idioma, ciencia y religión.

Pero la sociedad, como la naturaleza obedece á leyes inflexibles. El carro del progreso no se detiene jamás, y siguiendo el cur-

so del astro que dá vida y luz á la tierra, marcha siempre hacia Occidente. Así se puede adivinar el escenario donde se representará el tercer acto del gran drama humano.

Si las columnas de Hércules no hubieran sido derribadas, cuatro siglos ha, por el genio inmortal del más feliz de los navegantes; si al grito de ¡Tierra! lanzado por Colón desde la proa de su carabela, no hubiera surgido de entre los mares un nuevo mundo, el *Nec Plus Ultra*, que como la inscripción dantesca negaba toda esperanza y cerraba todo camino, habría sido el epitafio de la Europa.

La civilización europea no perecerá, pues, como pereció la civilización asiática. La Europa, envejecida, no habría tenido un día, más jugo en sus entrañas para alimentar á su densa población, y los pavorosos problemas políticos y sociales que hoy mismo la agitan, con la gravedad de las dolencias que atacan los centros de la vida, no habrían tenido solución posible; bajo la triple destructora acción del pauperismo que la aqueja; del socialismo que la amenaza; del militarismo que la de-

vora; se habría hundido con el estrépito del más horroroso cataclismo que registraran los anales de la historia.

La América, virgen, vigorosa, exuberante, ha salvado al viejo mundo. Ha sido el granero para su hambre; el tesoro para su pobreza. Lo ha alimentado con los frutos de sus feraces campos; lo ha vestido con el producto de sus plantas; lo ha abrigado con las guedejas de sus rebaños; lo ha curado con la quina y los bálsamos de sus selvas; ha fecundado sus tierras exhaustas con sus fertilizantes abonos; le ha proporcionado horas felices y gratos ensueños con el aroma de su café y el perfume de su tabaco; y sobre todo eso, lo ha enriquecido con el oro que arrastran las arenas de sus ríos, con la plata que encierran las entrañas de sus cordilleras.

Así ha pagado el nuevo al viejo continente el bien inestimable de la civilización que éste le trajo á sus riberas. Nada se deben hoy: al través del Océano tienden sus manos amigas para estrecharse en el abrazo fraternal del hombre libre y civilizado del siglo XIX.

Así corresponde la tierra americana al su-



premo beneficio que le dispensara la Europa, haciéndola partícipe de la herencia común de los conocimientos humanos, acumulados con el esfuerzo de cien generaciones. Y así podrá llenar los grandes fines á que está llamada en la historia de la humanidad.

Si, señores, la América será el teatro gigantesco donde ya empieza á desarrollarse la vida del hombre sobre la tierra, en su tercera evolución. Colosal escenario preparado por la naturaleza para la grandiosa epopeya que debe representarse. Templo magnífico donde hoy mismo no se adoran estatuas de barro coronadas, ni se erigen altares á autoridades de derecho divino. No; más sublime deidad es la que merece la veneración del hombre redimido de la esclavitud de su semejante. Su nombre está grabado en noventa millones de almas que desde el estrecho de Behring hasta el Cabo de Hornos lo repiten con amor y respeto.

¡La América es el santuario de la Democracia! Bajo su inmensa cúpula, tan grande como la bóveda del cielo, se reunirán los hombres de todas las naciones, de todas las

razas y de todas las creencias, para adorar á Dios y rendir culto á la Libertad!

Ya el penúltimo eslabón de la férrea cadena que ató á la hija de Colón durante cuatro centurias al poste ayer firmísimo, hoy carcomido, de la monarquía, se ha quebrantado en la patria de Fonseca y Bocayuva. Arrojando la librea imperial que cubría sus viriles hombros, lanzando léjos la pesada corona que oscurecía su noble frente, un año ha, vistió el Brasil el sencillo arreo republicano y formó al lado de sus hermanas en las filas de la democracia.

Tan fausto acontecimiento, que fué entonces saludado con un grito de fraternal estusiasmo, que resonó de polo á polo, es hoy conmemorado por el Perú con justo regocijo; y completo sería nuestro gozo, si hubiéramos podido decir que se ha roto, no el penúltimo, sino el último eslabón de la cadena de la esclavitud en América; si no llegara hasta nuestros oídos, mezclado con el cántico de un mundo libre, el eco de nota lastimera; si no repercutiese en nuestro corazón, cual hondo lamento, el gemido de la peregrina,

prisionera Antilla; de la heroica patria de Céspedes que, cual águila herida, rotas las alas, ensangrentadas las garras; tras desesperada lucha, sueña con su preciosa libertad, mecida en su nido de palmeras al compás de los cantos de Plácido y Heredia!

Sea, en este día, lenitivo á su dolor el recuerdo de simpatía que le consagramos. Su redención no está lejana: más que al éxito de las armas, está confiada al triunfo de las ideas democráticas en el mundo entero. La ilustrada, moderna España no podrá liberarse de su influencia, y comprenderá bien pronto que no necesita esclavas para su gloria, sino amigas en la América *irredenta*.

He dicho, señores, el triunfo de los principios democráticos, y debo repetirlo ante vosotros que me comprendéis, por más que una sonrisa de incredulidad, que encubre un gesto de despecho, contraiga las facciones de los hijos renegados de nuestro siglo. La Democracia, sí, hija de la Libertad y madre del Progreso, se impone al mundo con el poder de su influencia soberana.

Si la centuria que está próxima á hundirse en el abismo del tiempo, debiera llevar

un nombre, no podría dársele otro que mejor la caracterizara, que el de "*Siglo de la Democracia*".

Cien años hace que, con excepción de uno solo de sus Estados, que se independizó bajo circunstancias especialísimas, dormía la América entera el sueño de la esclavitud. Hoy, todo un continente sobre el cual ondea el pabellón de la república, es el viviente testimonio de la exactitud de mi afirmación. Para quien lo dude, están ahí palpitantes de verdad y enseñanza los dos grandes cuadros que sirven de linderos al siglo presente: allá, la inmortal y terrible epopeya que libertó á la Francia y conmovió el mundo; aquí, el in-cruento y glorioso acontecimiento cuyo aniversario celebramos hoy.

¡ Ah ! señores, cuánto camino ha recorrido la humanidad en el tiempo que limitan estos dos grandes hechos históricos; y cuán intensa debe ser nuestra gratitud para los hombres que dieron el primer paso en tan áspera senda.

Volvamos los ojos á ellos un momento para verlos allá, á orillas del Sena, derribando con esfuerzo titánico la fortaleza levanta-

da por una tiranía de mil años; luchando con la fé de los mártires y el frenesí de los héroes, contra la Europa entera coaligada en favor del despotismo; combatiendo como semidioses sobre un mar de sangre, en el que flotaban como los restos de un naufragio, coronas y cetros destrozados, rotos blasones, desgarrados pergaminos, para salvar el arca santa que encerraba el evangelio político de los tiempos modernos!

Colmemos de bendiciones la memoria de tan ilustre pléyade y tornemos la mirada, para comprender el alcance y la trascendencia de su obra, al extremo oriental de nuestro continente: donde besada por las brisas del Atlántico, se ostenta la sultana del Brasil recostada muellemente sobre pintoresco anfiteatro de verdes colinas cubiertas de pomposa, tropical vegetación.

Allí, el cuadro cambia por completo. Los torrentes de sangre, los horrores de la matanza, el estruendo de las armas, son reemplazados por la palabra que convence, las exclamaciones de patriótico entusiasmo y el universal contento. Una gran nación, que



se ha dormido bajo el galoneado dosel del imperio, se despierta bajo el cielo purísimo de la república. En lugar de un rey pofiado, que pretende sostener su autoridad contra la voluntad popular, y que expía en el cadalso los crímenes de su dínastía; el hombre ilustre, que hasta ayer se llamó emperador, se somete á los decretos de su destino, y con resignación que lo enaltece, despójase de la imperial corona y se aleja de las playas donde se meció su cuna y del país que ya no es para él más que su patria; patria que, como el mundo todo, venerará su nombre, ya que ha sabido ligarlo, en su caída, con timbre de eterna gloria.

No seré yo quien niegue mi humilde aplauso, en esta solemne ocasión, al soberano que supo gobernar con el tino y el acierto de un hombre verdaderamente ilustrado; aplauso tanto más sincero é imparcial, cuanto que brota de los labios de un hijo del Perú, que olvida lo que ayer pudo ser para su patria el empetador del Brasil, para acordarse tan sólo de lo que es hoy D. Pedro de Alcántara. Cúmplanse sus anhelos é imitado sea el



ejemplo que acaba de dar, expresando su deseo de volver á la tierra que lo vió nacer para dormir en su amado seno el último sueño.

Regrese, sí, á las natales playas el venerable anciano, y viva largos años para que vea desarrollarse y crecer, á la sombra del orden y la libertad, las semillas que plantara su mano y que hoy fecundan con su fértil riego las instituciones democráticas.

Por fortuna éstas han encontrado convenientemente dispuesto el terreno en que deben pronto levantar un gran pueblo. La nueva República no tiene que pasar por el doloroso aprendizaje en que sus hermanas han consumido estérilmente tres cuartos de siglo, inmensos tesoros y no poca de su escasa sangre. No ha recibido, como otros países, el bien supremo de la independencia en la forma de un legado á largo plazo, de cuyos beneficios no han disfrutado los que por alcanzarla se sacrificaron; que apenas saborean los hijos de éstos, y de los que tal vez gozarán solamente sus nietos.

No; la República brasileña ha cogido el fruto maduro y sazonado del árbol de la li-

bertad. En largos años de una paz raras veces turbada, ha tenido la suerte de establecer sobre sólidas bases el edificio de su administración pública; á la sombra del orden en que ha vivido, ha impulsado su comercio, fomentado sus industrias, consagrándose, en fin, al cultivo de las ciencias, artes y letras, de cuyo floreciente estado son buena muestra cien nombres esclarecidos, que en alas de merecida fama han traspasado las fronteras del país en que nacieron.

Llegado en hora oportuna el acto de su emancipación política, el Brasil ha desatado, no roto, la inútil ligadura que sujetaba su vuelo. Así se explica la rapidez y naturalidad con que se consumó hecho de tanta trascendencia.

Mi patria se regocija al recordarlo en esta fecha gloriosa, y saluda con efusión á la hermana que, ligada antes de ahora por los vínculos de comunes intereses, ha fortalecido su antigua amistad con el nuevo y fuerte lazo que la identidad de instituciones establece entre ambos Estados.

Y si, más que las románticas simpatías,

unen á los pueblos las mútuas conveniencias, ¿qué países hay en América cuyos futuros destinos estén más estrechamente enlazados?

Su posición geográfica los hace limítrofes en la extensión de dilatadísimos territorios. El monarca de los ríos, alimentado con la nieve de nuestras cordilleras, fecunda llanos inmensos peruanos y brasileños, donde puede caber y vivir cómodamente una población como la de Europa; y si la vida de las naciones se cuenta por centurias, ¿qué mirada habrá capaz de distinguir, que fantasía capaz de imaginar lo que será la hoya del Amazonas en el porvenir?

¡Ah! si pudiéramos poner hoy un paréntesis á la mísera existencia que vivimos, y dormir en la tumba ese sueño sin memoria, para despertar mañana en ese brillante, remoto día!..... ¿Cuál sería nuestra sorpresa entonces, al lanzarnos en rápido, aéreo viaje, desde las riberas del Pacífico y, trasmontando la nevada cumbre de los Andes, contemplar bajo nuestros pies, en el lugar donde hoy se extienden los bosques se-

culares, y á orillas de sus caudalosos ríos, cien populosas ciudades con todas las maravillas que la ciencia y el arte habrán puesto al servicio del hombre? Del hombre libre de mezquinas preocupaciones, ilustrado y feliz, hasta donde su propia naturaleza lo permite, que allí tal vez y sólo entonces, llegará á realizar el poético ideal del Edén con que desde el principio del mundo viene soñando!

Descendamos, señores, de la mansión de tan remotos ensueños, y volviendo á la realidad, hagamos votos porque, desde ahora, el Brasil y el Perú sean prósperos y grandes; porque sus hijos, unidos siempre con los vínculos de perpetua paz y leal amistad, puedan entonar, á la sombra de la bandera del progreso y de la democracia el himno de la concordia y de la libertad!



# COMPOSICION

LEÍDA POR EL SR. D. GERMÁN LEGUÍA Y  
MARTINEZ, ALUMNO DE LA UNIVERSI-  
DAD, MIEMBRO DEL “ ATENEO ” Y DEL  
“ CÍRCULO LITERARIO.

EXMO. SR.

SEÑOR MINISTRO DEL BRASIL

SEÑORES:

## I



IRME desplegando el ala,  
Que espárcese en plumas leves;  
Sobre el cristal de las nieves

Soberbio el cóndor resbala;  
Surge, y los cielos escala  
Silenciosos y serenos;  
Flota en los abismos, llenos  
De luz; los vientos combate,  
Y el vuelo potente bate  
Por la región de los truenos!

II

¿Quién que, en la cumbre del Ande,  
El globo á sus plantas mire,  
Habrá que ardiente no aspire  
A lo sublime y lo grande?  
El cóndor, por eso, expande  
Su innato, insaciable anhelo  
De alzar hacia el sol el vuelo . . . .  
Y el numen que me tortura,  
Lo mismo, en su sed de altura,  
También hoy escala el cielo!

III

Si, el Cielo! . . . . En sus soledades  
Quiere, magestuosa y quieta,  
Tender la vista el poeta  
Hundiéndola en las edades;  
Y, al son de las tempestades,  
Abalanzarse á ese Oriente,  
Donde, con el sol ardiente,  
Otro pueblo se levanta  
Férrea asentando la planta  
É irguiendo altiva la frente!



IV

Muere un sol; otro sol queda;  
Y, en medio á los cataclismos,  
Zumbando, por los abismos  
Sin cesar el Mundo rueda:  
¿Qué habrá que oponerse pueda  
Del Hacedor á los planes?  
¿Ya no hay cetros ni sultanes,  
Ni pueblo que los soporte,  
Desde los hielos del Norte  
Hasta el fiero Magallanes!

V

En la prolífica y ancha  
Hoguera que vierte el día  
Ábrese el área sombría  
De la fatídica mancha!  
Así el verjel que se ensancha,  
Con sus cien pueblos sonriente,  
Como vialáctea luciente  
Tendida de polo á polo,  
Cual negra mancha, á uno solo  
Doblar veía la frente!

VI

Mas. . . . de súbito, su pasmo  
Ó su indolencia sacude,  
Y una idea á su alma acude  
En torrentes de entusiasmo!  
Despierta de su marasmo  
Como un mar: se encrespa, gira,  
Muge estentóreo, sin ira  
Un trono vuelca y azota,  
Piafa, se extiende, rebota,  
Y entre aplausos se retira!

VII

Pueblo que á la fuerza bruta  
No va á mendigar su gloria  
Ni ante la magia ilusoria  
Del poder ciego se inmuta!  
Su propio destino escruta,  
Refrena á sus turbas bravas,  
De un soplo rompe las trabas,  
Y humo torna las coronas. . . .  
Hoy. . . . lo veis: ya el Amazonas  
No azota selvas esclavas!

VIII

Cien años ha que en la huera  
Se hundió de un cetro el renombre,  
Que *los derechos del hombre*  
Tornaron polvo y pavesa:  
Resonó la Marsellesa  
Del Nuevo Mundo en las zonas,  
Y hoy sus postreras coronas  
Ruedan, al excelso cántico,  
Allí donde huye el Atlántico  
Paso dando al Amazonas!

IX

Siglo de los grandes hechos  
Con óleo de gloria ungido;  
Siglo del hombre nacido  
Con los augustos derechos;  
Ya en los límites estrechos  
De su agonía gloriosa,  
Al desplomarse en la fosa  
Entre intensas claridades,  
De otro pueblo á las edades  
Deja la herencia grandiosa!

X

Bendito, bendito sea!  
Él encadenó los mares;  
Él colocó en los altares  
La *libertad* y la *idea*;  
Con pujanza gigantea  
Cruzó las cumbres bifrontes;  
Por llanos, mares y montes  
Tendió la lumbre del rayo,  
Y hundiose en suave desmayo  
Del cielo en los horizontes!

XI

Libertad! Diosa sin nubes  
Que en el alma resplandeces  
Ó en los espacios te meces  
Con mil genios por querubes:  
Loor á tí, que al zénit subes  
Sin rayo, cetro ni arcanos!  
Al fin, entre dos océanos,  
No hay rincón donde no vibres:  
Todos son ya pueblos libres  
Y, como libres, hermanos!

# COMPOSICION

LEÍDA POR EL SR. D. CARLOS G. AMÉZAGA,  
MIEMBRO DEL " ATENEO " Y DEL CÍRCU-  
LO LITERARIO.

EXCMO. SR.

SEÑOR MINISTRO DEL BRASIL

SEÑORES:



AY un río, monarca de los ríos;  
único, inmenso; de beldad sin par:  
humilde nace entre picachos fríos,  
soberbio muere rechazando al mar.

Oh! Amazonas de undísona corriente !  
tú al mundo adviertes con gigante voz:  
—De América en la faz independiente,  
ya esclavos no hay: la Libertad es Dios !

Y esa gran voz que acalla al Oceano,  
se esparce hoy por la tierra en ecos mil,

pues brilla en el zenit republicano,  
la nueva y magna estrella del Brasil.

Triunfa la Humanidad; cede el Imperio,  
como cede terreno, herido, el león . . . .  
Ocúltanse los hijos de *Tiberio*,  
donde asoma la imagen de *Catón!*

Honor al ardimiento y la constancia  
de esa heroica, porfiada juventud,  
que dió al Brasil lo que costó á la Francia,  
ruinas, sangre, miseria, ingratitud . . . . . (1).

Honor á esa República, á esa hermana,  
inmaculada virgen que al nacer,  
ni levantó cadalsos, inhumana,  
ni el capricho siguió de un *Robespierre*.

Avance por la senda de la gloria;  
premie la inteligencia, ame la paz,  
y en las páginas negras de la Historia  
no cabrá el nombre del Brasil, jamás.

La anarquía, sus hijos que combatan;  
ella fué del Perú la perdición . . . .

---

(1) Alude al desconocimiento de la Europa contemporánea, ante los beneficios de una revolución que sanguinaria y cruel, será apesar de todo, el legítimo orgullo de la Francia.



Los hermanos que se odian y se matan,  
no merecen del mundo compasión !

.....

Hay un río monarca de los ríos;  
único, inmenso; de beldad sin par:  
humilde nace entre picachos fríos,  
soberbio muere rechazando al mar.

Hijo de nuestras nieves, el coloso,  
que crece en marcha al oriental pensil,  
en su día más grande y más dichoso,  
lleve nuestros afectos al Brasil.






# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL DR. D. JUAN FRANCISCO PAZOS, PUBLICISTA, H. DIPUTADO Á CONGRESO POR LA PROVINCIA DE HUALGAYOC.

EXMO. SR.

SEÑOR MINISTRO DEL BRASIL

SEÑORES:

 LAMADO á contribuir con mi modesta palabra, á conmemorar el aniversario de la proclamación de la República, en los E. E. U. U. del Brasil, siendo no poderlo hacer como debiera, para comentar aquel acontecimiento, último y perdurable triunfo de la República en América.

Si alguna vez en el curso de los siglos, se ha revelado perceptiblemente clara, la mar-

cha de las ideas republicanas en el mundo, es sin disputa, en este siglo XIX, Así como los símbolos no se ven sino por donde ellos se manifiestan, así no percibimos en el ideal de la República, sino algunos de sus lados, reservándose los otros, en los arcanos del desenvolvimiento del espíritu humano—La República, Señores, es la aspiración suprema de la humanidad, sentida de mil maneras, desde su nacimiento hasta nuestros días. Basta observarla en el seno de la democracia griega, en las luchas de su hegemonía, en los varoniles y tribunicios acentos de la severa Roma, en los perfiles de las Repúblicas italianas, y en las estrepitosas convulsiones de la primera República francesa. Basta observarla en aquel continente de la monárquica Europa, desentrañando los fenómenos que allá se verifican actualmente, visibles unos, latentes otros; más encaminados todos á la emancipación de los derechos de los pueblos, cuya corona es la plantificación de la República. Basta observarla, sobre todo en América, desde el estrecho de Behring hasta el Cabo de Hornos, desde la nación

que tuvo por fundador á Washington, hasta la que tiene por fundadores á Fonseca y Bocayuba, cuyos patricios cerraron para siempre las puertas á la monarquía, en este mundo de Colón, con el apluso de los pueblos libres.

Es digno de notarse el destino distinto de América y Europa—Aquí, cuando se ha establecido la República, se ha establecido para siempre, descansando sobre bases inmortales—Allá, cuando fué helénica, cuando fué romana, cuando fué italiana, cuando fué francesa, cuando fué española, sucumbió bajo el yugo del despotismo conquistador ó del despotismo absolutista—Aquí, sajona ó latina, perseverante y fría como la primera, ó soñadora y ardiente como la segunda, un siglo le ha bastado para llenar su misión perdurable, y apénas le queda aún por recoger alguna perla del Atlántico—Aquí no hay tierra, ni agua, ni aire, ni luz que alimente jamás la monarquía. Allá renace la República en medio de gestaciones dolorosas, oprimida por la presión que viene desde el pedestal de los tronos. Aquí vivimos en nuestro continente, rodeados solo por la in-

mensidad de los mares. Allá palpita la República, sintiendo siempre el golpe duro de los cetros de fierro—Y sin embargo, hay que creer que la República será una verdad en Europa, cuando se contempla que, apesar del poder de sus monarcas, Francia la proclama y la sostiene, alumbrada con los fulgores de la gran Convención Nacional.

Dos veces sin embargo, ha ensayado la monarquía sentar sus reales en el continente americano, queriendo levantarse en Méjico. Fué la primera, cuando se realizó la breve historia de un ambicioso que pretendió parodiar la monarquía y el Imperio, sin ser siquiera de generaciones de monarcas, y que creyó que de los hombres que se independizaron de la metrópoli, podía organizar una nobleza aristocrática y conservadora del trono. Ese Imperio risible se derrumbó entre las carcajadas de las gentes. Fué la segunda vez, cuando la triple alianza de Inglaterra la opulenta, de Francia la nación valiente y soñadora, de España, la nación de los grandes recuerdos, pretendió colocar en la tierra de Guatimozin, un rey de estirpe regia.



—Pero la República les salió al encuentro. La sesuda Inglaterra se retiró, y con ella, la puntillosa España, dejando solo al Emperador francés que fundara debilmente un trono, llamado á luchar con la voluntad de una nación. Entonces brotó Juarez, hijo civilizado de las selvas, alzteca de pura raza que abrigaba en su corazón, el odio tradicional al despotismo extranjero, y en su cabeza, la ilustrada concepción de los derechos de un pueblo. Entonces se enardeció aquella campaña memorable, que terminó por estupenda 'tragedia. El pecho del más noble de los hijos de las casas reales, lo atravesaron balas republicanas, por orden del más austero de los ciudadanos.

Cuando Colón en sus proféticos sueños, divisaba este continente, escondido en el seno de los mares; cuando la augusta Isabel la Católica, vendía las presecas de su corona, para ayudar á aquel hombre incomprendible, y solo comprendido por aquella señora magnánima; quien había de decir á entrambos, que, instrumentos de Dios, iban á preparar el alcázar de la libertad del mundo.

Cuando Alejandro VI trazaba más tarde con mano pontificia, la línea divisoria que separaba en América los dominios de la raza ibera y de la raza lusitana; quien había de decir á aquel Pontífice, que estaba interponiendo los respetos de su tiara, para que brotaran al cabo de cuatro siglos, dos naciones, igualmente prósperas, igualmente grandes, igualmente libres, que principalmente encierran en el sur de América, los destinos y las evoluciones de la raza latina, como formando contrapeso armónico, con los destinos y evoluciones de la raza sajona en la América del Norte—Cuando Alejandro VI trazaba aquella línea divisoria, no pudo imaginarse que á un lado de esa línea, vendrían á formarse los EE. UU. del Brasil, que acabar de cerrar el círculo republicano, para que América entera pueda decir á la monarquía, como Dios á las olas, “de aquí no pasarás”.

Y ha cerrado el círculo republicano, con la tranquila magestad del pueblo que conoce sus destinos. Si nos parecía que tardaba, es porque quería llegar á tiempo; porque providencial ó fatalmente, siempre llegan á tiempo los hombres y los acontecimientos

de la historia. Y llegó á tiempo, probando que si llegó después, llegó señores, con su bandera limpia, sin sangre, sostenida por el potente brazo de sus hijos, asegurada por el brillo de sus armas, en medio del canto de los hombres libres que han repercutido vigorosos, los pulmones de sus ayer no más, robustísimos esclavos.

El Emperador Den Pedro, señores, parecía un Rey encantado, en medio de millares de repúblicos, que lo miraban estupefactos, como preguntándose que hacía allí, con la corona secular de sus abuelos, con sus insignias reales, á la manera del fantasma que se levanta de antiguo cementerio, y cree que el tiempo es suyo, que el tiempo es su tiempo, cuando ya los tiempos han pasado. Tal vez porque secundó á la nación en el desenvolvimiento de sus libertades; tal vez, porque á pesar de todo, creía con algo del empecinamiento de los Reyes, que eran aun cortesanos y vasallos, los que se habían educado en la escuela de las libertades parlamentarias, de la libertad de la prensa, de la libertad del municipio, de la libertad de los pueblos federados. Tal vez por eso, aquel Emperador

que tenía mucho del castellano Don Alfonso el Sabio, algo del francés Enrique IV; aquel Emperador caballero é ilustradísimo, no vió ó no pudo ver que, además de lo dicho, el soplo republicano de todo un continente, había alejado la atmósfera monárquica, y por eso, solo dejó el trono, cuando la República tocó con recios mandobles, las puertas de su palacio.

Y la República tocaba duramente las puertas del alcázar del descendiente de la estirpe de Braganza, porque su ensanche era ya incompatible con la existencia del mejor de los monarcas. Aquel país se había formado en más de medio siglo, casi como en una República de Presidentes vitalicios; con sus asambleas locales y sus asambleas generales, en la práctica completa de las libertades verdaderas. Era en el fondo una nación republicana, con un llamado emperador—Aféabala es cierto, el negro borron de la esclavitud, que sin embargo, no fué parte á impedir que los hombres libres, que las clases acomodadas, llegaran á conquistar el goce de sus más completos derechos. Porque así co-

mo en la antigua Grecia, y es observación de un historiador profundo, el mismo peso del trabajo que recaía sobre los esclavos, permitía al génio helénico desenvolverse en las letras y en las artes, para servir de modelo inimitable al mundo; así en el Brasil, se esplica la ilustración elevadísima de las altas clases brasileras, la série de sus hombres notables, de sus oradores, de sus políticos, de sus literatos, de sus soberbios institutos, de sus universidades que rivalizan con las más sabias del antiguo continente.

Yo no sé señores, hasta donde irá aquella potentísima República—Tachonada de perlas y brillantes, con grandes fajas de oro, con bosques inmensos, con pampas estensas, lamiendo sus costas las olas del Atlántico; con una población que acrecenta, como en la Argentina, diariamente las inmigraciones extranjeras, que en número que nunca acaba, vienen á desembarcar en sus hospitalarias playas.

Esas inundaciones de inmigrantes no vienen hoy á América, como las invasiones de los Bárbaros del Norte. No son aquellos



hombres de tez bronceada, de aspecto feróz y siniestro, que seguían en hordas al jefe que agitaba con el acicate, los hijares del caballo cuya planta mataba la yerba. No son tampoco aquellos hombres de formas hercúleas, de cabellos rojos, de voz descompasada y ronca; no son aquellas mujeres altas y fornidas, de descompuesta melena, de descarnados brazos, que en forzadas marchas, colgaban de sus pechos, á sus hambrientos chicuelos, para dejarlos á un lado, y alinearse, cuando llegaba la hora del combate.

Hoy vienen á América, agricultores y artesanos, comerciantes, literatos y sabios, trayendo por bagaje, los elementos más ó menos civilizadores del antiguo continente. Impulsados los unos por el aliciente de un trabajo más reproductivo; abrumados los otros por el impuesto que sostiene los ejércitos permanentes; huyendo aquellos, como los judíos de Rusia, de quienes el cable nos hablaba esta semana, del despotismo de los Czares; buscando en fin, los últimos, en el estudio de la naturaleza, nuevos horizontes. De esta suerte, la América recoje el provecho de los



lados buenos y de los lados malos de la cultísima Europa, todos combinados en resúmen en favor de la República.

Estas inundaciones de inmigrantes que se dirigen al Brasil y á la Argentina, indudablemente están fortificando el sentimiento democrático, compaginándolo por decirlo así, de tal manera, que tiene de ser indestructible llegando á sus últimas formas. Este movimiento lo constituye y lo estimula, no solo la necesidad de expansión de las familias de Europa, sino los fenómenos sociales y económicos que hoy son la pesadilla y la tortura, de sus primeros Estadistas. Lucha del capital y del trabajo; del socialismo con la organización de la sociedad moderna; todo lo cual constituye el preámbulo de una gran evolución en el mundo, que no espera sino encontrar la fórmula, y tiene de encontrarla, para reconstituirse en el posible equilibrio del derecho relativo de todos los hombres.

En América no nos preocupan estos difíciles problemas. De la refundición de las razas, y en especial de la sajona, ha resultado esa nación estupenda, que se llama la República del Norte, donde el progreso conti-

núa, verificando los milagros del trabajo, en el campo de la más amplia libertad. Todo en aquella tierra asume formas sorprendentes colosales. Cuando el rayo los molestaba, hubo un hombre que tomó el rayo con las manos, para desviarlo, sin que él dañara á nadie, sonriéndose de las tempestades de los cielos. Cuando las aguas del mar se sublevaban, y torcían y forzaban el curso de las naves, hubo un hombre que puso en esas naves un poco de vapor, para burlarse de los vientos. Cuando fué necesario suprimir la extensión de un continente y unir dos océanos, tendieron un lecho de fierro, para atravesar el espacio con velocidad vertiginosa, cruzando bosques, escalando cerros y devorando á leguas las llanuras. Cuando hoy pretenden monetizar la plata, se estremecen los banqueros de Londres y perturban el comercio del mundo. Cuando fué necesario modificar, simplificando la escritura telegráfica, entonces apareció Moorse. Cuando fué indispensable que los hombres hablaran á largas distancias, sin que nadie los oyera, entonces salió Erickson, que trasmitió y guardó el timbre

de voz y las palabras para que se distinguieran y las conservasen si querían. Cuando fué necesario pelear en los mares, rompieron sus buques de madera, y los hicieron de planchas impenetrables de fierro. Cuando hoy mismo, les enseñan con orgullo, la altura nunca vista de la torre eifeliana, responden que levantaron una más alta, para medir mejor el cielo. Todo en ellos, parece que respitiera el estrépito de la catarata del Niagara.

Es imposible predecir señores, hasta donde irá el genio americano, ni cual será la parte que en el progreso del mundo, tomará la nación que hace un año resolvió completar la constelación de las Repúblicas de este continente, preocupando con su actitud, la atención de algunos tronos de Europa. No sé de que manera, los descendientes de Magallanes y de Vasco de Gama, de los audaces navegantes y de los tenaces guerreros que señalaron nuevos rumbos en los mares, y hasta cierto punto, el itinerario de Inglaterra, en el Asia y en el Africa; no sé repito, hasta donde lleguen algún día, poniendo nuevos elementos en la obra secular dei adelantamiento humano.

Lo que si sé, es que yo, deseo y mi país desea también, que el Brasil alcance prósperos destinos, que nunca se perturbe el ejercicio de sus libertades, para que unido estrechamente con el pueblo argentino y enlazados ambos con las Repúblicas que se hallan en esta parte del continente, lleguen alguna vez á formar la gran confederación de la America del Sur, lado á lado, de la gran Confederación de Norte América.

Decid, señor Ministro, al noble pueblo que representais tan dignamente, quien el Perú, desde las playas del Pacífico, hasta las riberas del Amazonas, saludamos efusivamente el aniversario de vuestra República.



# DISCURSO

EL EXCMO. SEÑOR CIRO DE ACEVEDO, ENVIADO EXTRAORDINARIO Y MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL BRASIL, DIJO POCO MÁS Ó MENOS LO QUE SIGUE:



EN nombre del Gobierno Provisorio de los Estados Unidos del Brasil, en nombre del pueblo brasileño cuya humanitaria victoria, exenta de odios y desgracias, celebráis, agradezco esta manifestación brillante y simpática, expresiva y fraternal.

Glorificación espontánea de la juventud, esa poesía viva de las naciones, aliento de esperanza de los pueblos, aún en sus períodos de abatimiento, constituye un galardón seguro de amistad entre los dos países.

La aclamación unísona de la América



La admiración del viejo mundo, la paz y el progreso de día en día mayor de que hoy goza mi patria estremecida, son motivos que demuestran la grandeza del hecho revolucionario y la oportunidad con que estalló.

Cuando entre dos pueblos, señores, se comunica esta vibración isócrona y afectuosa, despertada por un fenómeno político de trascendencia, tanto se debe honrar á aquella que lo realiza, cuanto á la que lo comprende, lo aplaude ó lo rememora.

Habéis comprendido señores, que la República del Brasil no fué un hecho violento sin causa y sin antecedentes.

En efecto, el acontecimiento del 15 de Noviembre de 1889, no lo engendró el odio ni tuvo origen de un militarismo ambicioso.

Tiene sus albores en la historia nacional, y fué su propulsor el elemento tradicional, bendito por el martirio. Comienza en Minas su faz volcánica cuando éramos todavía colonia de Portugal y termina en Río Grande del Sur, después de diez años de lucha sangrienta, apareciendo allí la cabellerezca figura del último paladín de la liber-



dad, el gran Garibaldi. Después, como todo fenómeno psíquico y social, que reposa para renovarse, la corriente democrática surge y la lucha recomienza en la propaganda por la palabra y por la pluma, atravesando el período de heroísmo modesto, ora desconocido, ora injuriado.

Tres elementos estáticos mantenían la monarquía; la esclavitud que representaba el interés, el ejército y la armada que representaban la fuerza organizada.

Realizada la abolición del esclavo, la corriente lógica de los fenómenos sociológicos, no se podría interrumpir, y, minado el ejército y la marina, preparado el pueblo, tuvo lugar la revolución que era un interés patriótico, una necesidad de saneamiento público, una exigencia para nuestra honra de pueblo americano.

Así es que esa revolución obtiene la aprobación de una nación entera, y el ciudadano armado hácese la garantía del progreso y de la reconstrucción nacional.

Vosotros que poseéis en vuestra historia hechos tan grandiosos, que poseéis la larga

generosidad de las naciones fuertes, nobles y entusiastas, comprendísteis que la gloria de mi país era un triunfo americano, y que esta naturaleza promisorá y fantástica, hermosa y valiente, no podía consentir hombres mezquinos, bechos que no fuesen dignos del continente destinado, como dijo ha poco uno de vuestros oradores, á salvar la civilizaci3n, á asilar la libertad, á renovar el mundo.

Excmo. señor Presidente de la Repúbrica, vuestra presencia y la de vuestro gobierno en esta fiesta de la libertad, es una prueba más de vuestra amistad por mi patria y una demostraci3n de que veis en esa juventud que la inici3, la esperanza, el porvenir, la gloria de vuestro pa3s.

El Brasil, amigo generoso y sincero, os agradece por mi voz y har3 de su grandeza, un medio de concurrir para que las naciones americanas sean como las constelaciones de nuestro cielo, que se mueven arm3nica y pacíficamente, regidas por el equilibrio de la atracci3n que las junta, y de la repulsi3n que evita choques.

La fraternidad de esta fiesta, rev3lase en

el entusiasmo de esta juventud, en quien veo representada la aspiración, que es el impulso latente de la humanidad para el bien y para el progreso; así como, el pueblo que aclama en este momento al Brasil, representa la soberanía, la fuerza eterna, siempre igual en lo esencial, siempre variable en la forma y la expresión.

Saludo, pues, al pueblo peruano, á su juventud, inteligente y soñadora, y al supremo gobierno de esta nación amiga, generosa cuando triunfa, resignada y llena de fe, valiente y heroica, cuando le tocan desdichas.













